

EL OBSERVADOR DE LOS MEXICANOS.

NUM. 1.

ENERO 6 DE 1839.

TOM. 1.

Serian las dos de la mañana cuando fatigado de pensar en la cosa pública, y comprimido mi corazón con los males que nos rodean, logré conciliar el sueño. Hacía, según tengo especie, muy poco que dormía, aunque penosamente, cuando sentí que alguno me movía con suavidad; me incorporé, abrí los ojos, y ví junto á mí á un diablo cojo, cuya vista me causó el espanto que una visita tal debe ocasionar. No tuve ni el tiempo necesario para invocar á Dios, pues el mal espíritu tomándome de la mano, sígueme, me dijo, y al momento y como si mi recámara no tuviera techo sali por los aires, y en un instante me hallé trasportado, según me pareció, á una playa junto á una población reducida á escombros. El pavor se había apoderado de mí; temblaba como un azogado, y llamaba en mi ayuda á toda la corte celestial para que me amparase en aquel trance. Mi conductor conoció mi miedo, y dulcificando cuanto pudo el sonido de su voz me dijo: no temas, yo no soy un maligno espíritu; no es mi empleo el atormentar á los hombres, y solo me ocupó en levantar de noche los techos de las casas y penetrar los secretos de las familias; yo soy el diablo cojuelo. Pasaba sobre la tuya cuando el sueño pesado y congojoso que dormías me hizo fijar la atención en tí: yo te ví en medio de él llorar los males de esta

tu patria querida y lamentar sus desgracias con un sentimiento profundo. Como ya hace tiempo que estoy privado de la sociedad de los hombres, resolví despertarte para conversar contigo sobre tan interesante objeto, para unir mis lágrimas á las tuyas y pensar si hay un remedio, alguna salud para los desafortunados mexicanos, y con este fin te he trasportado á estos hermosos lugares.

La luna brillaba entonces con toda su claridad y su luz apacible reflectaba en las ondas, y yo algo sosegado iba á echar una ojeada sobre un sitio que parecia tan bello al diablo, cuando este paró mi atención diciéndome: mira aquella fortaleza rodeada de este mar, que en una noche tan hermosa no puede mirarse sin emocion: ¿no ves flotar en ella el pabellon de las lises? Vuelve la cara hácia este otro lado y mira las ruinas de Veracruz; (porque junto á esta ciudad era precisamente donde nos hallábamos) dirijela por aquella otra parte y verás los buques que ha enviado Luis Felipe para sostener sus injustos reclamos; ó mejor dicho, para comenzar á poner en planta inícuas pretensiones. En su gabinete, no lo dudes, se estan combinando los planes que deben arruinar á tu patria, y á pesar de las protestas que hace públicamente, él tiene miras secretas que descubrirá si las circunstancias le son favorables: tal ha sido siempre su conducta. El orgullo de Luis se lisongea al imaginar que el hijo que ha venido á buscar gloria en estas playas, puede establecer un trono en México. El gefe de esa nacion tan poderosa como pérfida, nada omite para cubrir á esta nueva república de ignominia y humillación, y lograr si puede, un fin que no le parece muy remoto. En las Tullerías todo es energía y actividad, y entretanto ¿los mexicanos qué hacen? ¿Qué locura se ha apoderado de ellos, que vértigo los ocupa que permanecen en la inercia y no les conmueve el sonido del cañon frances disparado en sus puertas?

Aquí el cojuelo se detuvo como aguardando mi respuesta, que no le dejé esperar mucho, pues tendiéndole la mano le contesté: amigo, porque este nombre debo darte puesto que veo lo eres de mi patria, los mexicanos sienten en su pecho una fuerza eléctrica que los impulsa á presentarse al combate y escarmentar á sus enemigos; pero ellos no han conseguido se les arme, y sus sacrificios y ofertas no han sido aceptadas por sus gobernantes: estos son quienes los mantienen en la inercia y duermen como si no nos hubiera invadido el enemigo exterior.

La culpa es de los mexicanos, replicó interrumpiéndome el cojuelo. Cuando el general Bustamante fue nombrado segunda vez presidente de la república, todos creyeron que aleccionado en la escuela de la desgracia, ilustrado con su viaje á Europa, y teniendo conocimiento de los males de su patria, seria el médico que la daría salud, ó por lo menos los aliviaria. Las circunstancias le eran favorables; el espíritu nacional se habia exaltado con el desgraciado suceso de S. Jacinto, y todos deseaban con ansia que empuñase las riendas del gobierno, fastidiados de la administracion que le precedió. S. E. sin embargo comenzó una marcha lenta y pesada que obligaba á presagiar grandes calamidades: el borron de Tejas no se lababa, nuestros prisioneros allí perecian de hambre y los males se hacian sentir demasiado. Muchos lo disculparon persuadidos que las siete leyes de eterna execracion le ataban las manos, y confiaban que en el momento oportuno sabria salvar á la nacion. Yo fuí del dictamen de los que así pensaban, porque su opinion me pareció respetable y me convenian las razones en que la apoyaban; sin embargo, debo confesarte ahora que me engañé, pues aunque diablo, como soy todavía jóven, no tengo aun mucha esperiencia. La nacion en las circunstancias en que ya se hallaba acudió al general Bustamante

por medio de enérgicas representaciones que fueron desechadas. Todavía se pensó que obraba así porque no conocía el voto nacional, y quería proceder con toda seguridad en materia tan delicada, ó bien porque no hubiese llegado el momento de decision que á veces tarda aun en los mas grandes gé-
nios.

Mientras por un lado pasaba esto, el ministro Cuevas por otro comprometia á la república con su ignorancia y torpezas en el negocio de reclamaciones de la Francia. El baron Deffaudis manifestando una altanería muy agena de la circunspeccion de un diplomático, prevalido acaso de la imbecilidad del ministro mexicano, ó siguiendo las intruccioncs secretas de su gabinete, estendió su ultimatum, pieza justamente criticada que tiene de todo menos de diplomacia. Antes de eso los buenos amigos de la nacion habian manifestado al sr. Bustamante que el sr. Cuevas tenia muy exelentes cualidades, pero no las convenientes para ministro; S. E. lo sostuvo á pesar de esos juiciosos avisos, y llevó á la república á un rompimiento abierto. Los mexicanos no obstante celebraron la respuesta dada al ultimatum; mas claro, la negativa de contestarlo mientras la escuadra estuviese al frente de nuestras costas. Ellos, meses despues, tuvieron el sentimiento de que su ministro contra esa protesta, y habiendo mayor número de fuerzas francesas, se abatiese y mancillase á la nacion, yendo á contestar no con un plenipotenciario cerca de México, sino con un oficial militar destinado á hostilizarlos; y ellos palparon que se llegó al estremo de ofrecer casi todo lo que se habia negado, y que si la Francia no aceptó una paz de ignominia para México fué porque sus miras avanzan mas lejos.

La guerra fué ya inevitable, y nadie dudó que Bustamante sacaria airoso á su patria; pero, ¿qué sucedió? Tú lo sabes. En ochó meses no se hizo

cosa alguna: Ulúa no tuvo pólvora, municiones ni artilleros: Veracruz fué confiada á un general á quien falta actividad y energía, que junto con el comandante de la fortaleza dejó á los buques franceses acoderarse en ella y acomodar á su arbitrio todo bajo el pretesto de que tenia *orden de no hacer fuego* hasta que ellos no lo rompiesen. Es creible segun ese sistema, que los enemigos podian haber desembarcado, y con tal que *no hiciesen fuego*, apoderarse del castillo y plaza de Veracruz sin disparárseles un solo tiro. El intrépido general Santa-Anna debió ser ocupado; sin embargo, Rincon fué el escogido para una empresa superior á sus fuerzas.

La noticia de la toma de Ulúa y el modo con que se perdió, hubiera hecho en cualquiera otra nacion que hubiese venido abajo el gobierno mejor cimentado. Yo palpé con placer que el pueblo de México herido por esa pérdida con mas fuerza que si hubiera recibido un golpe eléctrico se animó y mostró que no era insensible á semejante desgracia. El gobierno se alarmó con esos síntomas de vida, hizo la declaracion de guerra para que lo autorizó el legislativo, y dictó algunas medidas que aquietaron algo á un pueblo amante de su independencian. Yo volé por toda la república, yo ví á muchos no poder conciliar el sueño, y á hombres insensibles á la pérdida de su fortuna y de los objetos mas queridos de su corazón, llorar lágrimas de rabia y de dolor. Al retirarme para las obscuras cavernas que habito, al pasar cerca de la morada feliz destinada á los fieles servidores de la patria, yo ví á las víctimas de Ulúa atribuir su muerte al hombre que las abandonó en una fortaleza que no se ocultaba era incapaz de sostenerse. Si yo, que pertenezco á una especie distinta de la tuya, me enternecí por una parte, y me arrebaté de furor por la otra, ¿qué no harian los mexicanos?

Bustamante tuvo entonces la ocasion mas bella para extinguir los partidos, para sofocar los odios, y para quitar á la república la constitucion que la ha hecho infeliz, y volverla la de 1824 con las variaciones que exige la naturaleza misma del sistema federal y las necesidades de la nacion. Bustamante lo despreció todo y los mexicanos se retiraron tranquilos ese dia á sus casas, sin embargo de que las medidas que se pusieron en práctica no eran las radicales ni las que debian inspirarles confianza; mucho mas cuando habian visto que Bustamante no habia correspondido á ella, habia frustrado sus esperanzas y portádose como su enemigo: semejantes á los mexicanos del tiempo del último Moctezuma que se contentaban con ver á su monarca en la prision en que lo tenia Cortés y oir de su boca que todo iba bien, los de tus dias se aquietaron en el treinta de noviembre último con la declaracion de guerra y ofrecimientos que se les hicieron. Rara coincidencia: los españoles pisan las playas de México, y un monarca indolente y débil, no sabe defender su imperio, y deja en herencia á sus súbditos la ignominia y la esclavitud: los franceses invaden el territorio mexicano, y el presidente no les opone resistencia, les abandona las costas y mantiene á su frente un corto número de veteranos desnudos y muertos de hambre. Si fuera capaz que la traicion se abrigara en el pecho de un mexicano, seria necesario decir que los que mandan en México estaban vendidos á la Francia.

Al dia siguiente de la noticia de la toma de Ulúa se publicó la ley que llama al servicio militar á todos los que tengan algun oficio, industria, ó medio útil de subsistir. Los ciudadanos entusiasmados corrieron á alistarse en virtud del llamamiento que se les hacia para defender á su patria, y algunos miles se presentaron para tal objeto. Su número atemorizó al gobierno; él habia creído que el pueblo

no prestaría la contribucion de sangre que se le exijia: se equivocó y mandó suspender el alistamiento. Pasó á mas, hizo tomar por la fuerza á esos mismos ciudadanos, que se presentaban voluntariamente á servir en la milicia que se estableció. No quedó en esto, sino que ha despedido á los mismos alistados bajo el pretesto de que no tienen con que uniformarse. Uno de los artículos de la ley de 1.º de diciembre de 838 convoca á todos los que tengan algun medio honesto de vivir, y á nadie podia ocultarse que no todos los que tienen ese medio honesto, se hallan con proporcion para uniformarse; ¿pues por qué se les llamó? ¿por qué no se dijo que se presentára todo el que tuviera facultades para hacerse un uniforme? Convocar á la nacion á su defensa, y despues rechazar sus servicios para tan noble objeto, es una infamia: obrar de esa manera es engañarla, ¿y qué dirás tú de un pueblo á quien su gobierno hace burla, y á quien trata como á un chicuelo; á quien para que calle se enseña un juguete, se le ofrece un dulce, y despues de que cesó su llanto, se le retira el primero y no se da el segundo?

Los mexicanos no pueden disculparse conque la inercia está en su gobierno, como tú decias hace poco, porque solo es víctima de sus mandarines el pueblo que quiere: únicamente hay tiranos cuando se les sufre, y es imposible que pueda mas un solo hombre, que ocho millones de habitantes. Si me dices que ese gobierno apático que obra contra la voluntad nacional, tiene servidores entre tus conciudadanos, siempre obras en mi favor, pues que entonces esa inercia y apatía, ese abandono de la defensa nacional, se halla no solamente en el gobierno, sino tambien en los mexicanos. Preciso es exclamar ¿dónde estan los Hídalgos, Allendes y Morelos? ¿dónde el pueblo que los siguió en su noble empresa, y para armarse comenzó por desar-

mar á sus enemigos? ¿dónde aquellos valientes ciudadanos que vencieron á los orgullosos vencedores de los soldados de Austerlitz y Marengo? qué, ¡tantas virtudes, tantos rasgos de patriotismo y valor bajaron tambien á la tumba con los héroes de la independencia y la libertad de México? ¿No son ya los mexicanos, los mismos hombres que en 1810 hicieron hazañas que asombrarán á los siglos, ni los que en 1821, reunidos á los inmortales Iturbide y Guerrero derrocaron los estandartes de Castilla?"

Aquí llegaba el cojuelo, á quien oía yo con admiracion y asombro, cuando deteniendo su discurso fijó la vista en el cielo, y me dijo: „el lucero matutino me indica que es ya hora de partir á los sitios que habito, y tú ademas tienes necesidad de descanso. Yo volveré á visitarte, pero entretanto, corre y di á los mexicanos las palabras que has escuchado de mi boca; añádeles que ellos son bastante fuertes para resistir la agresion de cualquiera potencia, siémpre que tengan voluntad de triunfar de ella, que estén constituidos bajo un sistema que se adapte á sus exigencias y localidad, y tengan á su frente por magistrados, hombres virtuosos, sábios, patriotas, firmes, enérgicos y valientes."

Dichas estas palabras desapareció mi guia, habiéndome trasportado con la velocidad del rayo, á mi recámara y lecho, donde no sin admiracion mia, recordé palabra por palabra, todo el discurso del cojuelo.

MÉXICO: 1830.

IMPRESO POR MANUEL R. GALLO,

calle de la Escudilla núm. 2.